

SÍNDROME DE ESTOCOLMO



Ángel Utrillas en la presentación del libro publicado sobre el Certamen de Miguel Hernández.

No pude evitar mirar de soslayo la verja que rodeaba la casa, no pude ni quise evitar volver mi rostro, contemplar el anverso de la puerta, de la valla... de mi vida. No pude evitar la tentación de observar el paisaje desde el otro mundo y contemplar el lado desconocido.

Sentí vértigo, miedo, nostalgia...amor.

Vértigo repentino por mi recién estrenada libertad, tan soñada, tan lejana y de repente... hallada. Vértigo, pánico a precipitarme dejando atrás una larga experiencia agobiante y no obstante enriquecedora, traumática y sin embargo tan...segura.

Miedo a lo desconocido, a la resurrección de mi pesadilla, a la vida, a no encontrar ahí afuera lo que nunca me faltaba allí adentro.

Nostalgia de un amor, imposible desde el mismo instante en que nació hasta el momento en el cual murió.

Porque doy por cierto su desaparición definitiva, después del disparo no volvió a moverse, después del portazo nada se escuchó, solo mis pasos atolondrados por la escalera, por la gravilla del jardín, por el césped recién regado con la escarcha de mi definitiva e irreversible ausencia. Al volver la vista atrás no puedo evitar una lágrima, el dolor de la despedida, supongo. Sé como se llama esta enfermiza necesidad mía, pero lucho contra ella y gano la batalla final.

Corro hacia la libertad exterior, estoy segura, además de Miguel, ahí afuera, tienen que existir más poetas, debe recitarse más poesía.

Quince años atrás.

La contemplo como siempre, ella paseando por la arena, yo oculto entre la gente. Me embriaga su juventud insolente, su desvergonzado movimiento de caderas al

caminar. Me cautiva el paraíso interminable de sus piernas tostadas por el sol. Envidio a la brisa que impune acaricia su perfil mientras pienso y me pregunto, ¿cómo será su piel bajo su escueto bikini?, morena en discreta oscuridad difuminada o blanca en pureza y gélida nieve.

Mis ojos están clavados en esas curvas perfectas cuyo tacto sueño, mis secretos anhelos pronto serán cumplidos, pronto se harán realidad porque he decidido que será hoy. He reunido el valor suficiente, tengo todo preparado, la casa, el coche, las cuerdas, la mordaza, el cloroformo. Cuando llegue a esa cala solitaria y recóndita donde le gusta nadar al atardecer, me acercaré y... empezará nuestro poema.

Otra vez el perverso de todas las tardes- murmura la joven contrariada antes de lanzarse al agua-, ¿no tendrá nada mejor para hacer que seguirme y espiarme?

Se zambulle en las frías aguas de su playa, nadie va a conseguir amargar su momento de descanso. Nada con buen ritmo, con brazadas firmes, coordinadas. Después, a cierta distancia ya de la arena, se deja llevar por las olas, se tumba de espaldas, abre brazos y piernas dejando caer la cabeza atrás. ¡Qué deleite no hacer nada! Flotar, respirar, dejarse mecer por las cerúleas aguas del mar mientras los últimos rayos del sol le regalan su más confortable caricia.

Cuando el sol ya se oculta en el horizonte emprende el retorno, sus brazadas ahora son lentas, no tiene prisa, no quiere salir de su mundo, no quiere regresar y, sin embargo, todo lo que tiene un comienzo debe también acabar.

Sale del agua, se dirige hacia su ropa. ¡Vaya! El espía hoy no se ha conformado con observar desde su atalaya en las lejanas rocas junto a la carretera, ha decidido acercarse hacia donde ella suele ubicarse.

- ¿Hoy has pagado butaca de privilegio?- le reprocha con altivez.

- ¿Cómo te llamas?- pregunta el extraño sin responder.

- A ti que te importa cómo me llame o me deje de llamar, lo que debes hacer es dejar de seguirme y de espiarme, eres un mirón pervertido, un viejo verde.

- Perdona, no te seguiré más, no era mi intención molestarte, sólo quiero saber tu nombre, yo... a mí puedes llamarme Miguel.

- ¡Pues vete a la porra Miguel, vete lo más pronto posible y quédate para siempre allí!

- Bueno no importa, desde hoy te llamarás Josefina.

Es lo último que oye, el desconocido avanza hacia ella y tapa con una tela su boca, su nariz, sus ojos... su existencia. Un olor agradable y no obstante demasiado penetrante se instala con rapidez en su cerebro, sus sentidos quedan embotados por el sabor azucarado y picante, se marea, pierde el sentido.

Al despertar se intuye atada, la cabeza le da vueltas, en la garganta tiene un picor insoportable pero una venda que amordaza y aprieta sus labios no le permite toser. Está sentada, mira a su alrededor desconcertada y aprecia, solo, una tenue oscuridad difuminando la habitación. De repente una silueta se mueve, se acerca y una voz le habla con melosa parsimonia. Debe ser Miguel.

- ¿Ya te has despertado? Empezaba a pensar que me había excedido con el cloroformo, hubiera sido un desastre. Pero no ha sido así, afortunadamente estás aquí, por fin.

Se mueve nerviosa, incómoda, mira las cuerdas que aferran y dañan su piel con la áspera robustez de las maromas.

- Tranquila, no te haré daño, pronto te liberaré de las ataduras y la mordaza, podrás moverte a tu antojo, pero primero quiero que escuches y conozcas tu situación.

Hace un esfuerzo por gritar, sin embargo su chillido muere sin llegar a nacer, se estampa contra el cruel bozal quedando en leve gruñido ahogado dentro de la habitación.

- Este es tu nuevo hogar. No me refiero a esta habitación sino a toda la casa. Puedes hacer en ella lo que te plazca, es tuya. Cuando yo esté, podrás también salir a la finca exterior, cuando esté ausente solo podrás moverte por el interior de la casa, nunca nadie se ha acercado a este paraje pero, para evitar problemas y curiosos. Al principio te resultará difícil adaptarte pero con el tiempo... aprenderás a amarme.

Palideció por el terror, estaba secuestrada por un loco que pretendía, encima, que se enamorara de él. Le vino a la mente una escena de película de Almodovar, *Átame*. Recordó que sí, que al final Victoria Vera se enamoraba de Banderas...

- Recitaremos juntos poemas de Miguel Hernández, pasearemos por la espléndida e inmensa finca que rodea este viejo y recóndito caserón, nadie nos molestará ni nos interrumpirá, estaremos solos, tú, yo, la poesía... Josefina, Miguel y sus versos... Hoy te recitaré uno antes de desatarte y a partir de mañana leeremos los dos, nos escucharemos el uno al otro y el amor surgirá entre versos.

Ya no se molestó en tratar de luchar, ni de gritar, estaba loco, había que seguirle la corriente y en cuanto fuera posible... escapar.

- Se titula: "Vals de los enamorados y unidos hasta siempre"- la miró para cerciorarse de su atención y comenzó a recitar.

- No salieron jamás
del vergel del abrazo.

Y ante el rojo rosál
de los besos rodaron.
Huracanes quisieron
con rencor separarlos.
Y las hachas tajantes
y los rígidos rayos.
Aumentaron la tierra
de las pálidas manos.
Precipicios midieron,
por el viento impulsados
entre bocas deshechas...

¿De verdad aquel demente pensaba que le podían gustar esos versos? ¿En serio
confiaba en que ella se enamorara de él?

- Recorrieron naufragios,
cada vez más profundos
en sus cuerpos, en sus brazos.
Perseguidos, hundidos
por un gran desamparo
de recuerdos y lunas,
de noviembres y marzos...

Y sin embargo el poema era precioso, lleno de fuerza y de ternura, en otra
circunstancia quizá... pero atada a una silla, amordazada, secuestrada...

- Aventados se vieron
como polvo liviano:

aventados se vieron,

pero siempre abrazados.

Terminó la lectura, cerró el libro, se aproximó a la joven y su cercanía la hizo estremecerse de temor. Comenzó a desatarla.

- No temas, jamás te haré daño, eres Josefina y yo soy Miguel ¿no lo comprendes? Ahora eres tú toda mi vida.

Definitivamente estaba loco, pero la estaba desatando. Retiró todas las cuerdas y ella pudo levantarse entre temblores inciertos.

- Aguarda, voy a quitarte esa mordaza, trataré de no hacerte daño.

Lo intentó pero no lo consiguió, le causó dolor, le arrancó la piel o al menos a ella así se lo pareció y, no pudo evitar un pequeño grito de sufrimiento.

- Lo siento Josefina, ya no volverá a suceder.

Estuvo apunto de desgañitarse pidiendo socorro, le pasó fugazmente por la cabeza la idea de golpear a aquel individuo y tratar de huir, sin embargo no podía ser tan sencillo como eso, lo tendría todo planificado al detalle. No hizo nada, lo dejó hablar, le siguió la corriente, era un demente, un secuestrador, un criminal, pero parecía tranquilo y sin intención de causarle daño.

- Acompáñame por favor, te enseñaré la casa, en la cocina tienes comida, en la biblioteca los libros de Miguel. Te indicaré cual es tu habitación, en ella encontrarás ropa de tu talla. Yo me marcharé pronto, así podrás descansar.

Trataba de resultar amable a pesar de ser un delincuente, tenía que esperar, aguardar con paciencia, con calma, en cuanto se marchara empezaría a estudiar la forma de escapar, huir esa misma noche.

Y aunque se fue el carcelero no pudo escapar de la celda. La puerta cerrada y sólida, los cristales de las ventanas imposibles de romper, ni un ruido entraba de fuera ni tampoco sonido alguno podía del caserón salir. Se arrojó en la cama, en la oscuridad de la alcoba que le habían adjudicado y durmió por agotamiento y desesperación.

No recordaba cuando fue la primera vez que recito poemas junto a su captor, no guardaba en su memoria el primer roce, ni el primer beso, ni cuando el odio se torno amor. No recordaba y el tiempo pasaba y, cual pájaro cantor, se fue acomodando a su dueño y a su jaula. Recitaba al atardecer con tono atiplado de ruiseñor cautivo.

- Pintada, no vacía:

pintada está mi casa

del color de las grandes

pasiones y desgracias.

Regresará del llanto

adonde fue llevada

con su desierta mesa,

con su ruinoso cama.

Florecerán los besos

sobre las almohadas.

Y en torno de los cuerpos

elevará la sábana

su intensa enredadera

nocturna, perfumada.

El odio se amortigua

detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

Quince años de presidio voluntario y feliz hasta hoy. Amaneció gris el día triste, los tímidos rayos de sol que burlaban la vigilancia de las nubes, dotaban a la vieja alacena de un brillo siniestro. No, no era la alacena, era un metal sobre ella. Se acercó al brillo que se le antojó un soplo de vida en espiral y hacia el exterior. Un relámpago cegó su amor y eclipse todos los versos y besos recitados.

- ¡Una pistola! ¿Por qué tiene Miguel una pistola?

Aguardó en el salón como todos los días la llegada del amante, recitaron poemas y hablaron, como todos los días, de la vida y obra del poeta oriolano. Como todos los días, se amaron con ternura, con pasión, con literatura...

El frío acero despertó su tacto y sus instintos de libertad, dormía Miguel como siempre, respirando pausadamente con la sonrisa tierna del último verso dibujada en los labios. Apuntó, cerró los ojos, no quería ver su sangre. El horrísono estruendo del disparo rebotó por la habitación, zumbaban sus oídos, temblaba su alma... se apresuró hacia la puerta, Miguel, inmóvil, había dejado de sonreír. Hurgó en los bolsillos de su traje cuidadosamente doblado sobre el bargeño, cayeron al suelo las llaves y su ruido quedó amortiguado por la última reverberación del disparo. Salió despacio, de puntillas, para no despertarle del sueño eterno. Un portazo a su espalda le indicó el fin de una vida y el principio de su libertad... ¿libertad?

Y no pude evitar mirar de soslayo al amor perdido, no quise evitar despedirme del anverso de la vida.

Abandoné mi jaula.

El mundo me daba vueltas, nostalgias de un amor, futuro sin versos, vértigo, dudas... mi crimen fue matar al ruiseñor cantor para resucitar al jilguero mudo. Asesinato de un amor, imposible, desde el mismo instante en que nació hasta el momento, éste, en el cual murió.

Y ahora me pregunto... ¿dónde están los poetas?